B. Martín Sánchez.

EL BUEN EJEMPLO

El mejor predicador

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7.693-117-4
Depósito Legal: B-5.920-1991
Printed in Spain
Impreso en España por G.M.S. IBERICA, S.A.
c/. Poblet, 19-21, entlo. 5.ª 08028 Barcelona

Presentación

Reflexionando sobre el adagio: «Las palabras mueven, pero el ejemplo arrastra», y sobre este dicho de Séneca: «La voz de la enseñanza es larga: la del ejemplo es corta y eficaz», me he dicho: yo, sacerdote, a mis 85 años ¡cuántos sermones he predicado y cuántas palabras he dicho!, y ¿qué fruto he logrado con ellas? ¿no habrán sido muchas de ellas totalmente vanas? Ahora no dudo que hubiera hecho mayor apostolado procurando que mi vida hubiera sido más santa y ejemplar.

Reconociendo que la mejor predicación es una vida virtuosa y ejemplar y que la predicación muda del buen ejemplo es más elocuente y vale más que las muchas palabras, me dedico a hablar precisamente del valor del buen ejemplo para que vosotros, mis lectores, aprendáis esta bella lección y yo pueda tenerla muy presente y hacer algo de bien a otros en los cortos años que me restan de vida.

No debemos dudar que el apostolado de la palabra tiene un gran valor, por cuanto Jesucristo dijo a sus apóstoles: «Predicad el Evangelio a todas las gentes»; pero el apostolado del ejemplo debe acompañar al de la palabra. Notemos que Jesucristo fue delante con el ejem-

plo, primero obraba, después enseñaba (Hech. 1,1).

El buen ejemplo siempre es edificante, porque arrastra a otros a obrar bien, ya que al ver la hermosura de la virtud se sienten inclinados a practicarla.

«El que está al frente de los demás con su autoridad, dice San Isidoro de Sevilla, debe estar al frente de ellos por sus virtudes; es menester que les sirva de modelo y no tenga nada reprensible. Porque aquel que quiere corregir a los otros, debe también estar libre de vituperio. Debe enseñar el bien; si se descuida en practicarlo, que deje también de mandarlo».

Viviendo mal, dice San Juan Crisóstomo, enseñáis, por decirlo así, a Dios cómo debe condenaros. Terrible juicio aguarda al que habla bien y obra mal. Mandar y no ejecutar, es representar el papel de histrión y de hipócrita. Dios nos ha elegido para ilustrar; debemos ser modelos. Sea el esplendor de nuestra vida una escuela pública que enseñe a practicar todas las virtudes.

En consecuencia, hemos de procurar todos predicar con las palabras, pero antes que con palabras, hemos de hacerlo con los buenos ejemplos.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ
Zamora, 17 agosto 1990

APOSTOLADO DEL BUEN EJEMPLO

Clases de apostolado

Todos los cristianos tenemos la obligación de ser apóstoles; y todos podemos serlo de una manera o de otra.

El verdadero apostolado no es más que el ejercicio de la caridad cristiana, que obliga a todos los hombres, y que tiene fundamento en el mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

No basta ser buenos, hay que ser apóstoles del bien. Y ¿de cuántas maneras podemos hacer el bien? De muchas. Distinguiremos cuatro clases de apostolado:

- Apostolado de la oración
- Apostolado del sufrimiento
- Apostolado de la palabra, y
- Apostolado del buen ejemplo.

1) Apostolado de la oración

Este es un apostolado fácil, porque está al alcance de todos. Jesucristo nos dice: *«Es pre-*

ciso siempre orar y no desfallecer» (Lc. 18,1). *«Pedid y recibiréis...»* (Jn. 16.24).

Es posible que haya quienes no puedan ejercer el apostolado del ejemplo como ellos quisieran por no frecuentar la sociedad, ni el de la palabra; pero no habrá quien no pueda rezar y dirigir a Dios una plegaria desde el fondo de su corazón.

¡Cuántas intenciones hay por las cuales podemos rezar a diario..., rezar por la conversión de los pecadores, por el éxito de las misiones, por las vocaciones sacerdotales, por los sacerdotes, por los enfermos graves, etc!

Jesús nos dice: *«Si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, Yo la haré»* (Jn. 14,14)... Hemos de orar mucho, porque nada tenemos y todo lo esperamos de Dios, pero no debemos ser egoístas en nuestras oraciones. No pidamos solamente para nosotros, sino para todos. La oración es medio eficaz de apostolado porque alcanza gracias necesarias para la santificación de las almas. (Sobre este apostolado de la oración remito a mi libro: *«La oración según la Biblia»).*

2) **Apostolado del sufrimiento**

Esta doctrina sobre el dolor es una de las más difíciles de comprender. El misterio del

dolor sólo lo entienden bien los santos, como un San Pablo, que prisionero y encadenado por Cristo, no quería gloriarse más que en la cruz del Señor (Gál. 6,14).

De Santa Teresa del Niño Jesús se dice que se apareció a Teresa Neumann cuando sufría tanto y le dijo: «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones».

Sabiendo que Jesucristo vino a redimirnos no sólo con su doctrina, o sea, con la luz del Evangelio, sino especialmente mediante el dolor o sacrificio de la cruz, nadie puede poner en duda el valor del apostolado del sufrimiento. Todos los cristianos tienen que ser apóstoles y todos pueden serlo, porque todos sufren y el sufrimiento es un medio de apostolado.

Cuando Juan Pablo II fue internado en el hospital «Gemelli» porque unas balas enemigas atravesaron su cuerpo, y estaba sufriendo, se dirigió a los enfermos con estas palabras: «Deseo dirigirme hoy, de modo particular a todos los enfermos para hacerles llegar, yo, enfermo como ellos, una palabra de consuelo y de esperanza... El sufrimiento, aceptado en unión con Cristo que sufre, tiene una eficacia inigualable para la realización del plan divino de salvación... Invito a todos los enfermos a que se unan conmigo en el ofrecimiento a Cristo de sus sufrimientos para bien de la Iglesia y de la humanidad. María Santísi-

ma nos sirva de sostenimiento y de consuelo» (24-5-1981).

(Remito también a mis lectores sobre este tema a mis libros: *«Catecismo sobre el dolor»*, y *«El problema del dolor»)*..

3) **Apostolado de la palabra**

El medio de apostolado que Jesucristo mandó emplear con preferencia a sus apóstoles fue la predicación: *«Predicad el Evangelio...»*. No podemos dudar que es eficaz la palabra hablada, y también es eficaz y más duradera la palabra escrita. Las palabras de un maestro en la escuela, las de un orador en la tribuna o las de un predicador en la cátedra tienen su influencia; pero cuando sus palabras se fijan por la escritura o se reproducen por la imprenta ganan mucho en extensión y duración.

La prensa o sea las publicaciones de periódicos y revistas, no hay que dudar que ejercen una gran influencia en los lectores, pues las palabras que oímos influyen en nuestras ideas y nuestros actos, y «las ideas, como dijo el filósofo Balmes, deciden tarde o temprano en los destinos del mundo».

La palabra pasa y se olvida con facilidad; pero el periódico permanece y vuelve cada día repitiendo al lector las mismas cosas bajo for-

mas variadas... ¡Cuánto daño puede hacer un mal periódico!

El propagar la buena prensa ya es sostenerla, y éste es un gran apostolado. *Ketteler* dijo: «No puede llamarse buen hijo de la Iglesia, quien no apoya con todas sus fuerzas la prensa católica».

En nuestros regímenes hay muchos que se han asignado la triste misión de corromper a los jóvenes y a la sociedad mediante la mala prensa, el cine y la televisión... Uno de los agentes de la masonería dijo: «Popularicemos así el vicio... Haced corazones viciosos, y muy pronto no habrá católicos».

El buen libro también es un maravilloso apóstol y más elocuente y poderoso que un sermón... Entre todos los libros, hay uno, el Evangelio, que millares de hombres han leído y meditado y que los ha salvado. Propaguémoslo.

No todos los cristianos pueden predicar o escribir, pero todos saben conversar; y la conversación, si no es de cosas frívolas, mundanas o pecaminosas, sino de cosas santas, es un medio excelente de apostolado.

4) Apostolado de obra o del buen ejemplo

Todo el que practica una virtud ya está sir-

viendo de ejemplo a los demás. Con el mal ejemplo apartas a las almas de Dios, y con el bueno las acercas a El. El apóstol que predica, debe confirmar con sus ejemplos la doctrina que enseña. El ejemplo solo, aunque no vaya acompañado de palabras, es un medio de apostolado.

«El apostolado más eficaz e irremplazable es el de una vida santa y piadosa, que actúe con el ejemplo y la oración...» (Pío XII).

Vamos, pues, ahora a hablar de este apostolado del buen ejemplo.

El mejor predicador: Fray Ejemplo

Refieren los anales de la historia franciscana, que un día su fundador San Francisco de Asís se dirigió de esta manera a uno de sus frailes: «Vámonos a predicar». Se fueron por las calles; no se pararon en parte alguna, y Francisco no pronunció ni una sola palabra en todo aquel camino. Al llegar a casa, el Hermano preguntó con timidez:

–Padre, ¿lo habéis olvidado?

–¿Qué es lo que he olvidado, Hermano?

–Dijisteis que íbamos a predicar.

–Ya hemos predicado –fue la misteriosa respuesta.

En efecto, había predicado. Donde quiera

que ponía sus pies Francisco, humilde, modesto, absorto en Dios, ardiente de amor, predicaba aun sin proferir palabra. Los hombres le miraban y se encendía en ellos el deseo de ser como él, de ser tan puros, tan sencillos, de estar tan contentos como el Santo de Asís.

«Donde está un cristiano, allí predica», dijo Tertuliano. Predica con su ejemplo, predica con su comportamiento, predica con su vida.

Considéralo, amigo lector: Quieras o no quieras, siempre estás predicando. Predicas a favor del Reino de Dios o en contra de él. Si tu vida es conforme a la moral, confirmas a los demás en la vida honrada; si tu vida es frívola, los incitas al pecado y a la frivolidad. El que contempla tu vida mala, recibe en su alma la semilla del mal; el que advierte tu bondad, siente que su pecho se enardece y es atraído por el bien.

Y otra vez cito a San Francisco de Asís. Acudiré a otro episodio de su vida.

Un día encontró a un labrador que le dijo: «¿Eres tú aquel santo célebre? Pues ve con cuidado y no te envanezcas, porque *hay muchos que confían en ti*».

– ¿Qué has hecho en tu vida? ¿Cuál ha sido la obra más importante de ella? te preguntará el Señor cuando le rindas tus cuentas.

– Mira, Señor, al oír mis palabras se enfervorizaron las almas tibias. Sintiendo mi consuelo y

ayuda, se encendió de nuevo en los ojos sombríos de muchos hombres atribulados el rayo de la esperanza. Señor, con mi trabajo se volvieron algunas almas más resplandecientes.

Da buen ejemplo, porque hay muchos que confían en ti y necesitan el ejemplo brillante de tu vida (Tihámer Tóth).

Necesidad del buen ejemplo

Nadie puede negar la fuerza conquistadora del buen ejemplo. «Se enseña con autoridad, cuando se predica con el ejemplo, dice San Gregorio Magno; porque no se tiene confianza en aquel cuyos actos contradicen su lenguaje. La vida de los piadosos ha de ser útil no solamente para ellos, sino también para los demás; a fin de que lo que no puede obtener con palabras, se logre con los ejemplos».

Pastores, padres de familia, amos, magistrados, profesores, superiores, si enseñáis a los demás y no os reformáis vosotros mismos, ¿qué fuerza tendrán vuestras lecciones? *«Tu que enseñas a otros, ¿cómo no te enseñas a ti mismo?»* (Rom. 2,21).

«Hablar bien y vivir mal, ¿qué es sino condenarse con su propia lengua?» (S. Próspero).

Escuchad a San Bernardo: «Una alta posición, dice, y un alma abyecta, el primer puesto

y una vida indigna, una lengua elocuente y manos ociosas, muchas palabras y ningún fruto, un rostro grave y una acción ligera, una gran autoridad y un espíritu inconstante, un rostro severo y una lengua frívola, son cosas verdaderamente monstruosas». Y este santo añade: «Debemos dar buen ejemplo al prójimo y es nuestro deber obedecer a nuestra consciencia».

San Pablo nos dice: *«Es preciso renunciar a las obras de las tinieblas y vestirnos de las armas de la luz»* (Rom. 13,12), *«porque nos hallamos ante las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres»* (1 Cor. 4,9), y hemos de portarnos honradamente a los ojos de los que están fuera de la Iglesia (1 Tes. 4,12).

Debemos predicar a Jesucristo crucificado, antes con el ejemplo que con palabras. «Prediquemos con el ejemplo y persuadamos con nuestras palabras», dice San Atanasio.

«Sólo podemos despreciar las palabras de aquel cuya vida no es edificante» (Santo Tomás). El que no hace lo que enseña, no es de ninguna utilidad para sus semejantes; al contrario, les daña y se condena a sí mismo.

Oh vosotros, que sois cristianos, exclama San Agustín, dad a los demás ejemplos de virtud y no de vicio.

La corriente mundana empuja y hay que luchar contra ella, mediante el apostolado efi-

caz del buen ejemplo. Este no consiste en unos consejos que se dan, en una conversación que se tiene, en una conferencia que se pronuncia; consiste en un ejemplo constante que se pone delante, que está invitando a la imitación en todos los momentos, que está diciendo cómo la virtud es posible y cómo se lleva a la práctica.

Fuerza y ventajas del buen ejemplo

La fuerza del buen ejemplo estriba en que convence más que los largos discursos. «La voz de las obras, dice San Bernardo, puede más que la voz de la boca», y este dicho queda confirmado por muchos testimonios:

– Por el ejemplo de uno se corrigen muchos (San Ambrosio).

– Los hombres quieren más que palabras ejemplo, porque fácil es hablar, difícil obrar (Lactancio).

– Para arrastrar a los hombres, apenas sirven las palabras y los libros; hacen falta ejemplos vivos (P. de la Boullaye).

– El ejemplo en su más original y profunda significación es el centro de gravedad de toda labor educativa (Hovre).

– Y si fuimos capaces de imitar a los inicuos en el mal, ¿por qué andamos remisos cuando

se trata de imitar en el bien a los justos? (San Isidoro).

– Los ejemplos son tanto más dignos de imitarse, cuanto más excelentes son en punto a piedad (San Agustín).

– Medita cuanto nos aprovechan los buenos ejemplos, y sabrás que la memoria de los grandes hombres no es menos útil que su presencia... La vida debe formarse siguiendo ejemplos ilustres (Séneca).

– Más convence y persuade la práctica de un ejemplo que las teorías de cien preceptos (P. Coloma).

Quien practica lo que enseña o sin hablar cumple la ley, demuestra su convicción arraigada de que así se debe obrar. ¡Cuántos paganos se convencieron por el ejemplo de los mártires que han dado su vida en testimonio de la verdad cristiana!

«El buen ejemplo es un argumento que no se puede contradecir», dice S.J. Crisóstomo. Por esto San Jerónimo dice que la vida de los santos es la interpretación clara y visible de las Escrituras.

Nada es comparable al modelo que ofrece el cristiano virtuoso. El buen ejemplo es como Jesucristo; ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo (Jn. 1,9).

Con el buen ejemplo, obligamos a aquellos con quienes vivimos a cuidar de su exterior y

de su interior; les obligamos a que guarden sus ojos, su lengua, sus oídos, sus manos, sus pies, su espíritu y su corazón...

El santo Concilio de Trento califica el buen ejemplo de *predicación continua,* y San Gregorio Magno dice que «el que vive muy santamente es un gran doctor», que está enseñando a todos.

El ejemplo de fe y de rectitud de los cristianos íntegros fue y será siempre el arma más poderosa del cristianismo, mientras el mal ejemplo de los tibios y oportunistas causó gravísimos daños y redujo la capacidad conquistadora de la Iglesia.

Hemos de dar buen ejemplo en todo y a todos. *«Sed irreprensibles,* nos dice San Pablo, *y sencillos como hijos de Dios, sin tacha en medio de una nación depravada y perversa, en donde resplandezcáis como lumbreras del mundo, manteniendo en alto las palabras de vida que yo os he predicado»* (Fil. 2,15).

Y también San Pedro nos exhorta de esta manera: *«Queridos míos, yo os suplico que llevéis una vida ajustada entre los gentiles, a fin de que, por lo mismo que os censuran como a malhechores, reflexionando sobre las obras buenas que observan en vosotros, glorifiquen a Dios en el día que los visitará»* (1 Ped. 2,11-12).

Con nuestro buen ejemplo podemos contri-

buir a la salvación de otras almas, y nos pueden servir de consuelo estas palabras del apóstol Santiago: *«Quien hace que se convierta un pecador de su extravío, salvará de la muerte el alma del pecador y cubrirá la muchedumbre de sus propios pecados»* (5,20).

Jesucristo, nuestro modelo ejemplar

Jesucristo es el modelo vivo de todas las virtudes. El apostolado del ejemplo debe acompañar al de la palabra, y por lo mismo el apóstol que predica, debe confirmar con sus ejemplos la doctrina que enseña. El ejemplo sólo aunque no vaya acompañado de palabras, es un medio de apostolado.

Jesucristo apeló a la fuerza del ejemplo. *«Ejemplo os he dado,* dijo a sus apóstoles, *para que como Yo he obrado, así obréis vosotros también»* (Jn. 13,15). El vino a salvarnos y darnos ejemplo de vida. El es el gran modelo que nos ha dado el Padre celestial para que le imitemos, y no quiere admitir en el cielo a los que no sean conformes a este divino modelo (Rom. 8,29).

Los justos de todos los tiempos no han hecho otra cosa que imitar a Jesucristo, y aquellos han sido más santos que le han imitado mejor. Jesucristo dio ejemplo constante de

vida a sus apóstoles, y sus ejemplos, que están consignados en el Evangelio, son para todos nosotros.

El nos enseñó el mandato del amor: *«Amaos los unos a los otros»* (Jn. 13,13) y nos enseñó el camino del cielo, al decirnos: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17). También nos enseñó a ser humildes y castos, a saber soportar el dolor, etc...

En su vida pública, en la que recorrió todos los pueblos de Palestina, el Israel de hoy, su ministerio se redujo a enseñar a los ignorantes, corregir con caridad a los pecadores, consolar a los afligidos, y volver por los desamparados; hacer bien a todos los hombres y no hacer mal a ninguno, defender la causa del huérfano y de la viuda; ser manso y humilde de corazón, padecer con resignación y en silencio, conformarse y abrazarse con la cruz...

Esto es lo que podemos y debemos imitar de la vida de Jesucristo, cada uno según nuestro estado, condición y circunstancias, puesto que no hay estado, edad ni profesión a la que no deba servir de modelo la vida de Jesucristo.

No es posible hacer aquí una relación de todas las virtudes de que está compuesta esta vida divina y remito al Evangelio, el que todos debieran leer con frecuencia, porque en él pueden ver como Jesucristo no dejó durante toda

su vida de dar al mundo entero los más sublimes ejemplos de todas las virtudes.

Todos debemos inspirarnos en los ejemplos de Jesucristo y así edificaremos a nuestros prójimos. Jesucristo empieza obrando y luego enseñando (Hech. 1,1). Así es como debe portarse el cristiano, a fin de que todos le estudien con placer, deseen hallarse cerca de él, le oigan y le imiten, y cuando todos los hombres le vean, se figuren ver a otro Jesucristo.

El cristiano no es digno de este nombre sino en tanto que imita a Jesucristo, y sin celo apostólico por sembrar el bien, el título que lleva es una palabra vana...

Dejaré a los jóvenes un ejemplo

Al abrir la Sagrada Escritura en el capítulo 6º del libro 2º de los Macabeos y ver el fin glorioso del anciano Eleazar, me parece leer unas actas del martirio de los primeros siglos del cristianismo.

El Crisóstomo no vacila en llamar a Eleazar nada menos que el Protomartir del Antiguo Testamento y el príncipe del heroísmo... ¡Con qué ternura miramos a un niño inocente! ¡Con qué veneración contemplamos al anciano integérrimo, cargado con los méritos de toda una vida!

Eleazar era uno de los primeros doctores de la ley, varón de venerable presencia, de nativa nobleza y de buena conducta que había observado desde niño. Noventa años pesaban sobre sus hombros. ¡Estaba cercano el apacible ocaso! Pero se levanta la tempestad. Se desata la persecución religiosa contra los hebreos; el motivo concreto o excusa para proceder al suplicio era negarse a quebrantar la ley del Dios de Israel y a comer carne de cerdo «contra lo prohibido entonces en la ley».

Querían forzarle a comer la carne prohibida; pero él prefiriendo una muerte gloriosa a una afrentosa vida, iba de su propia voluntad al suplicio... Los que presidían el inicuo sacrificio, por la amistad que de antiguo sentían con aquel varón, tomándole aparte le exhortaban a traer cosas de las permitidas, preparadas por él para simular que había comido las sacrificadas, según mandato del rey.

Haciendo así se libraría de la muerte, y por la antigua amistad hacían con él este acto de humanidad. Pero él elevándose a más altas consideraciones, dignas de su edad y de la ejemplar vida que desde niño había llevado, respondió diciendo que cuanto antes enviasen su cuerpo al sepulcro; que era indigno de su ancianidad simular, no fuera que pudiesen luego decir los jóvenes que Eleazar, a sus noventa años, se había paganizado con los extranjeros.

«Mi simulación, dijo, *por amor a esta corta y perecedera vida, los induciría a error y echaría sobre mi vejez una afrenta y un oprobio; pues aunque al presente lograra librarme de los castigos humanos, de las manos del Omnipotente no escaparé ni en vida ni en muerte. Por lo cual animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de mi ancianidad, dejando a los jóvenes un ejemplo noble para morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes».*

Sus palabras desencadenan el furor de los que antes querían salvarle, y enfurecidos le azotan teniéndole por insensato. Estando para morir, exhaló un gemido y dijo: *«El Señor santísimo ve bien que, pudiendo librarme de la muerte, doy mi cuerpo a los crueles azotes; pero mi alma los sufre gozosa por el temor de Dios».*

El mejor comentario de este acto de entereza y nobleza es el de la Escritura Santa: *«De esta manera, pues, murió Eleazar, dejando no sólo a los jóvenes, sino a todos los de su nación* (y a todas las generaciones de los humanos) *un ejemplo de nobleza y una memoria de virtud».*

Primero Dios; después el rey

Otro ejemplo maravilloso, parecido al del

anciano Eleazar, es el de Tomás Moro, santo canonizado por Pío XI en 1935. Era hombre de carácter enérgico, pero extraordinariamente amable y atrayente, muy virtuoso y escritor de varios libros de piedad y en defensa de la fe.

Enrique VIII, rey de Inglaterra, fue gran admirador de Tomás y lo elevó a los más altos cargos hasta confiarle la cancillería del reino.

Cuando el desventurado rey vio que Tomás se le oponía en la cuestión de su pretendida anulación de matrimonio con Catalina de Aragón, y se le negó a firmar el Acta en la que se proclamaba Jefe de la Iglesia Anglicana y rompía con la obediencia a Roma, y por fin puso a disposición del rey su cargo, negándose a continuar de canciller del reino, el vengativo monarca, ofendido por aquella rectitud lo mandó encerrar en la Torre de Londres.

No se inmutó el santo: «Primero Dios; después el rey», le había dicho, y así siguió en la cárcel fiel a este lema. Muchos le pidieron que firmase, que cediera, aunque fuera disimulando, más esto no se lo permite su conciencia. El rey que había pronunciado contra el santo canciller sentencia condenatoria, aun intentó romper su resistencia por medio de los tormentos de la cárcel. Luego se le envió su hija predilecta, Margarita, para ablandar la voluntad del padre. Todo fue en vano.

Su esposa también fue a verle en la prisión

y con lágrimas instó al condenado a que tuviese en cuenta a la familia y por amor suyo salvase su vida. Tomás Moro le preguntó con serenidad: «Dime, ¿cuántos años podríamos aún vivir juntos?». Ella contestó: «Por lo menos veinte años». «Pues mira, si por lo menos hubieras dicho mil años, aun habría sido algo. Pero ¿por sólo veinte años he de dar yo la eternidad?».

En fin, fiel a su lema, desoyó los consejos de su propia mujer. La vida del hombre, por larga que sea, ¿qué es comparada con la eternidad que no tiene término? Condenado a muerte, pensando en la eternidad feliz que le esperaba, entonó el salmo «miserere» sobre el cadalso y proclamó públicamente su fidelidad a Roma. Cortáronle la cabeza el 5 de julio de 1535.

Este buen ejemplo del santo canciller animó a otros católicos a permanecer fieles a la Iglesia Católica.

El ejemplo de los santos

Yo recuerdo haber visto en un cuaderno de notas de un joven seminarista, que murió en olor de santidad, este pensamiento: «Será de tal manera mi porte exterior que llame a devoción a todo el me mire».

«Los buenos ejemplos son esas candelas encendidas que iluminan y alumbran, no sólo al que las lleva, con el resplandor de la gracia o de la virtud, sino a cuantos están con él, a su lado».

Todos los santos han hecho el bien no sólo delante de Dios y para Dios, sino también delante de los hombres y para la salvación de los hombres.

San Bernardo dice del obispo San Malaquías, que no movió un miembro sin motivo y sin tener por objeto la edificación del prójimo.

De San Luciano, sacerdote y mártir, se dice que convirtió una multitud de paganos con la modestia, la alegría y la piedad de su mirada. El emperador Maximiano habiendo oído decir a un gran número de personas que el rostro de aquel santo inspiraba tanto respeto y amor, que si lo veía, sería cristiano, le hizo tapar la cabeza por miedo de que su vista no le convirtiese a él y a todos los asistentes.

Oigamos a San Gregorio Magno: Los santos que Dios ha hecho, son otros tantos astros brillantes destinados a disipar las tinieblas que rodean a los pecadores. Abel vino para ser un ejemplo de inocencia; Henoch, para enseñarnos la pureza de acción; Noé, para obligarnos a no perder jamás la esperanza y a perseverar; Abraham, para enseñarnos hasta donde debe llegar la obediencia; Jacob para inspirarnos la

constancia en los trabajos; Moisés, para aleccionarnos en lo que debe ser la dulzura y la mansedumbre, y Job para darnos lecciones de paciencia. Así es que los santos, como las estrellas del firmamento, brillan para iluminarnos e indicarnos el camino de las buenas acciones, que es el del cielo.

También San Gregorio Magno dice: Lea la vida de los santos e imite sus ejemplos el que quiere ser santo: saque del fuego y de la resplandeciente claridad de aquellos astros celestiales la luz del espíritu y la llama del corazón. A imitación de los santos, el cristiano se aplica a defender su vida con sus palabras, y sus palabras con su vida.

El Papa Clemente VI dice así de Santo Tomás de Aquino; Fue el modelo de todas las virtudes, y cada uno de sus miembros era objeto de una enseñanza. La sencillez brillaba en sus ojos, la bondad en su rostro, la humildad en su manera de escuchar, la sobriedad en sus gustos, la verdad en su boca; derramaba alrededor suyo una especie de perfume; sus acciones eran irreprensibles, sus manos liberales, su marcha grave, sus modales honestos, su corazón piadoso, su espíritu brillante y perspicaz... Tenía una bondad afectuosa, un alma santa y llena de caridad. Fue, en una palabra, el retrato y el honor del cristiano ejemplar y la imagen de la virtud.

El cristiano, dice San J. Crisóstomo, persuade antes de hablar; se parece al sol que, desde que aparece, disipa las tinieblas... Los santos son los ángeles de la tierra... Y como dice el Eclesiástico: *el ojo de Dios les contempla amorosamente; les eleva a medida que ellos se humillan: se les admira y hacen honrar a Dios* (11,13).

San Bernardo dice del apóstol San Andrés: «Sobre la cruz, predicaba a Jesucristo crucificado», y Tertuliano hablando de los primeros cristianos dice que sólo con su presencia confundían a todos los vicios.

«Para iluminar, la vela se consume; lo mismo debemos hacer nosotros; tenemos que consumirnos para dar buen ejemplo» (San Carlos Borromeo).

El mejor medio de instruir a los demás es llevar una vida ejemplar... Un alma santa, de oración íntima y constante, viene a ser el ejemplo vivo de todas las virtudes.

Trabajemos con una vida ejemplar

Quien nos viere ha de sentirse más cerca de Dios. En el Evangelio leemos que estando Juan el Bautista en la cárcel y habiendo oído los milagros que hacía Jesús, le envió mensajeros para que le preguntasen si realmente El era

el Mesías prometido o si tenían que esperar a otro.

La respuesta de Jesucristo una vez hechos varios milagros delante de ellos, fue ésta: *«Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados...»* (Mt. 11,2-5).

Con dichos milagros le dio una prueba evidente de que El era el Mesías y Dios, porque El sólo es obrador de milagros.

Fijémonos en la respuesta tan interesante que le dio Jesucristo: *«Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto»*.

¿Quién se atrevería a dar semejante respuesta todas las veces que los que se alejaron de la casa paterna, los que siguen otras religiones, se acercan a nosotros viniendo de lejos, del cautiverio del error, y nos observan para ver si realmente nuestra religión es la verdadera, si realmente está con nosotros toda la verdad de Cristo; cuando no parece sino que preguntan: «¿Realmente vosotros sois el pueblo de Cristo o hemos de esperar a otros, hemos de volvernos a otra parte y buscar en otras direcciones...? ¿Podremos decirles lo que el Señor dijo a los discípulos de Juan?»

¡Ah, lector! ¿Sientes la inmensa responsabilidad que pesa sobre nosotros? Nosotros nos

confesamos, comulgamos; ellos no... Pero ¿somos en la vida mejores que ellos?

Nosotros tenemos a la Virgen María; ellos no... Pero ¿somos más puros que ellos en nuestras costumbres?

Nosotros tenemos el crucifijo, y está continuamente a nuestra vista el Cristo agonizante; ellos no... Pero ¿sabemos soportar los sufrimientos con ánimo más esforzado que ellos?

En pocas palabras: ¿Somos buen reclamo del Reino verdadero de Cristo? Nuestra vida ¿sirve de faro a los hermanos que andan a tientas en la oscuridad? La luz de Cristo ¿brilla en el espejo de nuestra vida para servir de guía a los que buscan el camino?

No lo olvidemos; los que buscan a Cristo se fijan mucho más en nosotros de lo que creemos. Si también nosotros somos débiles, si también titubeamos, si caemos, ¡quién sabe cuántos de los que buscan el camino se perderán definitivamente en el laberinto de la incredulidad!

Y a tales preguntas tenemos que dar una respuesta triste. No se escandalice nadie. *¿Quiénes son el mayor obstáculo del advenimiento del Reino de Dios?* ¿Los paganos? ¿Los incrédulos? No. Sino los malos cristianos. Los que tienen el nombre de cristianos, pero no viven en cristiano. Los que tienen apariencia de

cristianos... pero su alma y vida están muy lejos del Cristianismo (Tihámer Tóth).

Predica antes que con palabras, con tu vida y tu ejemplo

Monseñor Tihámer Tóth nos refiere también el siguiente hecho. Un vicario nuevo, sacerdote joven y celoso, fue designado para regentar cierta aldea de Tierra Santa; con fervor se preparó para el primer sermón; lo llenó de pensamientos elevados y de hermosas citas. Le parecía haber pronunciado un sermón magnífico. Y, en efecto, después de la santa Misa se presenta un árabe distinguido y le pide que le admita en la Iglesia.

El sacerdote joven está fuera de si de puro contento. No se pudo morder la lengua y le preguntó:

–Quisiera usted hacerme el favor de decirme ¿qué parte del oficio divino o del sermón le gustó hasta el punto de inspirarle ésta súbita decisión?

El árabe se turbó visiblemente, y le contestó:

–Pues... propiamente..., no he oído mucho del sermón..., he viajado toda la noche y por esto he dormido gran parte del oficio. No es la predicción lo que me trae a la Iglesia, sino mi

chófer. El es cristiano. Al principio yo me reía de él a causa de su religión; pero ahora deseo ser como él.

Este hecho nos revela cuanto vale el tener ante nuestros ojos una vida ejemplar. Esto me recuerda el siguiente dicho (que creo se atribuye a San Jerónimo): «Más vale la palabra de un sacerdote caldeado en la oración, que cien sermones de un teólogo vano y disipado».

No quiero decir con esto que el predicador referido no predicase bien y con fervor, sino que no debemos olvidar que cuando nuestras palabras salen de un corazón muy unido a Dios por la oración, haremos mucho mayor fruto, y que lo que más vale es predicar con nuestra vida y nuestro ejemplo antes que con palabras.

El ejemplo influyente de los superiores

El influjo que entraña el ejemplo sobre todo el malo, y cuando es dado por un superior a almas simples..., si éstas conocen sus costumbres siendo disolutas y sus murmuraciones y conversaciones poco edificantes, pueden ser causa de su perdición.

No hay duda que el medio más eficaz para llevar a cabo la reforma de las costumbres, debe hacerse no con órdenes imperiosas o con

inventivas, sino como nos amonesta la Iglesia con el ejemplo insinuante de los superiores, especialmente de los sacerdotes.

1) *Por lo que hace a los sacerdotes,* diremos que a estos no les es permitido limitarse a ser en la Iglesia meros indicadores, a modo de los escribas o fariseos, de los que dijo Jesucristo: *«En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y fariseos, haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen»* (Mt. 23,2-3).

Los sacerdotes deben ser la luz del mundo y la sal de la tierra, no tanto con la palabra y su actitud exterior, sino, sobre todo, con el espectáculo de la propia vida y la influencia benéfica de los propios ejemplos.

La Iglesia interpreta sencillamente el pensamiento de Jesús cuando declara que la vida de los clérigos debe ser como un libro en el que los seglares puedan leer la expresión de sus deberes: *liber laicorum, vita clericorum...*

No a todos los sacerdotes es dado poseer el prestigio del talento, de la ciencia, de la elocuencia; pero es deber de todos conciliarse la estimación con la dignidad de los actos y la integridad ejemplar de la vida, procurando, como dice San Pablo a su discípulo Timoteo, *servir de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe y en la castidad* (1 Tim. 4,12).

2) *Por lo que hace a los profesores, superiores, padres de familia,* etc deberán ser graves, prudentes, piadosos, irreprochables, apareciendo como modelos ante sus inferiores, a los que deberán corregir cuando incurren en faltas con toda autoridad, pero con caridad. En todas partes han de procurar llevar una vida ejemplar y no ser sembradores de cizaña, evitando todo ejemplo pernicioso a los que deben educar para el bien... Todo superior debe ejercitar el apostolado del buen ejemplo, de la palabra, de la acción, de la prensa o buenos libros...

Los padres de familia, primeros educadores de sus hijos, deben tener presentes estas palabras del poeta Gabriel y Galán: «El hijo en casa ha de ver ejemplos de bien obrar, ejemplos de bien hacer, ejemplos de bien hablar».

Si los hijos ven que sus padres son verdaderamente ejemplares, que no se les oye blasfemar, que van a misa los domingos y días festivos, que cumplen, en una palabra, con los mandamientos de Dios y de la Iglesia, ellos, sin duda los imitarían siguiendo el mismo camino. Si, por el contrario, ellos fueran escandalosos, sus hijos irían por su causa por el camino de la perdición. (Véase mi libro: *«El escándalo y el respeto humano»*)

Influencia de los buenos y malos ejemplos

Todos podemos sembrar el bien y ser apóstoles con el buen ejemplo. En una reunión un caballero decía a un sacerdote: «Padre, si yo pudiese predicar contaría a las gentes...». El sacerdote le interrumpió: «Puede usted contar muy santas cosas a las gentes sin necesidad de subir al púlpito. Deles un buen ejemplo, porque discurso más eficaz nunca podrá hallarlo». Quien da buen ejemplo a sus semejantes obra en realidad como un apóstol. Es por lo que Jesucristo dijo: «Brille así vuestra luz ante los hombres de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en el cielo» (Mt. 5,16), reflexionando sobre las obras buenas que observen en vosotros (1 Ped. 2,12).

Veamos ahora cómo los buenos ejemplos arrastran otros al bien:

1) *Illemo Camelli,* socialista y revolucionario, y luego sacerdote católico, contando las etapas de su conversión, escribe: Visité el santuario de la Virgen (en Locarno) para admirar el famoso cuadro de Ciseri; pero quedé impresionado al ver a un señor, de cierta edad, de semblante grave, elegante y extranjero sin duda, que arrodillado rezaba en un rincón del templo. Le miré largo rato y quedé penetrado de un sentimiento inenarrable... ¡Qué cosa más

extraña ese hombre que ora allí solo! Fue en aquel santuario donde de la «Madona» donde recibí el primer toque suavísimo de mi retorno a Dios.

2) *Una dama protestante* por la predicación y ejemplo de *Francisco de Sales* se convirtió al catolicismo. Lo que le movió a dar tal paso fue el observar de cerca el tenor de vida del santo obispo. La dama que era de Ginebra, al volver a su ciudad fue interrogada por un pastor protestante: cómo había podido saber que tienen razón los católicos y no los protestantes, siendo así que no estudió teología. Ella contestó: «Mi única respuesta es que he querido tener la misma religión que el señor de Sales». ¡La fuerza del ejemplo!

3) *Por el ejemplo de fe del general Moscardó,* le oí a un caballero que se había fortificado más la suya de católico y no dejarse llevar del respeto humano. Sabida es la historia de dicho general, y me refiero sólo cuando estaba refugiado con más de mil personas en el Alcázar de Toledo.

Cuando estaba cercado el Alcázar por el enemigo, los llamados entonces «los rojos», el jefe de las milicias republicanas habla por teléfono desde la ciudad a Moscardó y le dice: Tengo la ciudad en mi poder y si dentro de diez minutos no se ha rendido usted mandaré fusilar a su hijo Luis, al que he detenido, y

para que vea que es verdad, él mismo le hablará.

Comienza el diálogo inmortal: Papá, ¿cómo estás? Bien, hijo mío. ¿Qué ocurre? Nada de particular, me dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde; pero no te preocupes por mi.

Mira, hijo mio, si es cierto que te van a fusilar, encomienda tu alma a Dios, da un ¡Viva Cristo Rey! y otro ¡Viva España! y muere como un héroe y como un mártir. Adiós hijo mio.

A continuación se pone el jefe de las milicias, y le dice: ¿Qué contesta usted? El general pronunció esta frase lapidaria y sublime: Que el Alcázar no se rinde y que sobran los diez minutos. Y el hijo murió dando un viva a Cristo Rey y otro a España. El católico no debe avergonzarse jamás de profesar públicamente su fe.

Son muchísimos los buenos ejemplos que podríamos aducir y ver cómo tanto por los buenos, como por los malos, otros han sido arrastrados a hacer el bien o ir camino del mal (Véanse algunos en mi libro: *«Para ser apóstol»*).

En qué consiste el buen ejemplo

San J. Crisóstomo dice que consiste en revestirse de Jesucristo, o sea en representarle en todas nuestras acciones, por la santidad y la mansedumbre.

«Sea, pues, el cristiano el retrato perfecto y la viva imagen de Jesucristo; es para él una obligación sagrada que ha contraído solemnemente en las fuentes bautismales; se ha comprometido a representar a Jesucristo con su vida, sus acciones, su exterior y su manera de ser. Es cierto que tantos cristianos como hay debieran ser otros tantos Cristos por la imitación y el ejemplo» (C.A. Lápide).

La conversación y la vida del cristiano, dice San Jerónimo, debe ser tal que sus movimientos, sus pasos y todos sus actos no respiren más que la gracia del cielo. Y San Ambrosio dice que San Pablo advierte a los cristianos y les manda que se acuerden de su profesión y correspondan a ella, a fin de que en medio de los incrédulos sirvan de modelo con su vida, su lenguaje y sus costumbres, y brillen como el sol y la luna entre las estrellas.

Por eso San Juan Crisóstomo exhorta a los cristianos para que iluminen y brillen como astros en la noche del siglo. «Debemos, dice, llevar una vida irreprensible, a fin de que los hombres que nos examinen hallen en nosotros

un espejo de santidad. No habría necesidad de palabras, si la santidad brillase en nuestra vida».

Las palabras siguientes de Pío XII son elocuentes: «En este siglo, dice, en el que tanto y tan inútilmente se habla muchas veces de males y de remedios, hemos pensado más de una vez que uno de los principales sería precisamente éste: *muchos sacerdotes santos.* Porque la historia enseña que donde ha surgido y donde ha vivido un sacerdote santo y celoso, alrededor suyo y como por encanto se ha visto todo renovado y vivificado, como cuando en el desierto rompe inesperada y audaz la alegría de una fuente y triunfan inmediatamente en torno a ella, sobre la aridez y la desolación, la frescura, el verdor, y hasta las caravanas vienen de lejos para regocijarse, descansar y cobrar fuerzas con los encantos del nuevo oasis».

En consecuencia, todo apóstol debe imitar a Jesucristo que «pasó haciendo bien a todos» (Hech. 10,38), y a este fin mostrar interés por cuantos le rodean y aparecer con un carácter bueno y amable, porque un carácter bueno se hace amar y arrastra más a otros al bien.

Hay que saber sonreír y sufrir todo de los demás, sin hacer sufrir a nadie. «Amabilidad, trabajo, oración...». Todos estos favores combinados son armas secretas para cautivar, atraer, conquistar y convertir a las almas.

Puestos en este ambiente o situación de ánimo bien podemos disponernos a hacer bien a todos y empezar por conquistarlos con el apostolado del buen ejemplo.

INDICE

Presentación 3
1) Clases de apostolado 5
2) Apostolado del sufrimiento 6
3) Apostolado de la palabra 8
4) Apostolado de obra o del buen ejemplo 9
El mejor predicador: Fray Ejemplo 10
Necesidad del buen ejemplo 12
Fuerzas y ventajas del buen ejemplo 14
Jesucristo, nuestro modelo ejemplar 17
Dejaré a los jóvenes un ejemplo 19
Primero Dios: después el rey 21
El ejemplo de los santos 23
Trabajemos con una vida ejemplar 26
Predicar antes que con palabras, con tu vida y tu ejemplo 29
El ejemplo influyente de los superiores .. 30
Influencia de los buenos y malos ejemplos 33
En qué consiste el buen ejemplo 36